

AMIGO

Tu mano sobre mi hombro
sofoca el peso de mármol oscuro,
de condena de lápida
definitiva,
en mis días ásperos y turbios.

Sin tu sombra el sol seca mis venas
deja mi alma reducida a piel crüel y seca,
llaga encendida de ignota y familiar amenaza
por no poder decir nada.

Un gran estrategia del tiempo

(¿mi ángel de la guarda, mi Dios silencioso y mudo?)

te puso como señal urgente en el borde preciso
del cráter de expiación
para detener mi paso,
la caída
al pozo que negaría para siempre
mi voluntad de sellar mis pasos por la Tierra,
de instaurar la alegría por la flor recién nacida.

La brújula es el símbolo mismo de tu aliento,

de tu fresca mirada en mis ojos,
de tu blanca palabra en mis oídos,
de tu fuerza injertada en mis frágiles nervios,
en mi voluntad de paja seca.

Eres el colibrí sostenido en el aire

para resumir los colores de la vida,
la insistencia de mantener la afirmación cotidiana
que certifica nuestro fugaz vuelo de cometa
por el cielo que se pierde en el en infinito.

Por eso tienes varios nombres,

portas diferentes rostros,
máscaras familiares con la misma sonrisa de vida,
la misma mirada de fuente azulina,
que anulan mi estupor ante el naufragio posible,
mi desaliento por la maldad gratuita
que hierde mis alboradas,
el agrio panuestro de cada jornada.

Sin tu presencia no concibo una ventana abierta al día,

las calles despejadas que incitan mi camino,

las noches de terciopelo, jardín de estrellas rutilantes,

la confianza íntima,

la convicción medular y ciega de recién nacido,

de que *el sol saldrá todavía mañana.*